

Votación de la Asamblea de la ONU

11 Dic. 1975

La votación contra Chile en la Asamblea de las Naciones Unidas no fue una sorpresa. Se produjo como consecuencia del resultado desfavorable que obtuvo nuestro país en la Tercera Comisión. La persistente campaña comunista contra el régimen militar que los soviéticos sostienen y financian en todo el mundo occidental más el alineamiento de los satélites de Moscú, han traído estos acuerdos negativos.

Las posiciones adoptadas por los países sujetos al control soviético corresponden a una línea política consecuente y no podía esperarse otra cosa de esos gobiernos.

Especial valor tienen, por otra parte, los votos favorables a Chile de Argentina, Bolivia, Brasil, República Dominicana, El Salvador, Honduras, Panamá, Paraguay, España y Uruguay.

Aunque minoritario, este grupo de países sostuvo el principio de la no intervención y preparó el camino para evitar que futuras mayorías políticas sorprendidas perpetren atropellos en contra de la soberanía de los países medianos o pequeños que incurren en las iras de alguna gran potencia.

Esos votos minoritarios deberían estar acompañados a lo menos por todos los países que componen la Organización de Estados Americanos, que son tan celosos del principio de no intervención. Constituye, pues, un grave error diplomático de ciertos países de América el haber concurrido o aceptado pasivamente que se someta a Chile a este proceso iniciado en contra de todas las normas internacionales, porque mañana los acusadores de hoy podrán ser acusados por otras mayorías inconsultas, con grave daño nuevamente de la digna convivencia internacional.

Esos votos minoritarios, que Chile por cierto agradece, corresponden a países cuyo futuro está a la vista. El potencial que representan Argentina, Bolivia, Brasil, España, Uruguay, Paraguay y el grupo hermano de Centroamérica debería ser mirado con respeto por su significación política, cultural y económica. Algunos otros gobiernos deberían

preguntarse por qué se ha reunido este conjunto de votos regionales tan prometedor y tan sólido moralmente. Deberían también suponer que una democracia de tradición tan respetable como la de Uruguay no está por capricho en la línea que hoy ostenta sino porque ese país sufrió el desquiciamiento y la violencia que hoy se enseñorean de otros puntos del globo y se levantó victoriosamente de esa situación gracias a la energía de su pueblo y de sus Fuerzas Armadas. También deberían aceptar que un país pacífico y democrático como Chile no llegó a la crisis de la cual está resurgiendo sino por haber aceptado los mitos que hoy conglomeran a la confusa mayoría que aprobó el voto contrario a nuestro país en la Asamblea.

Dicha mayoría contraria a Chile es la prueba más palmaria de la influencia de la Unión Soviética en las Naciones Unidas y en casi todo el escenario internacional del momento. El solo hecho de que los Estados Unidos no hayan podido imaginar una posición propia frente al caso chileno, aunque más no fuera en aparente defensa del principio de no intervención o en resguardo de un sistema igualitario y universal de investigación de los derechos humanos, es un mal síntoma. Al sumarse a la mayoría el Gobierno norteamericano siguió a su competidor soviético y se sumó a los débiles regímenes europeos socavados por la disensión interna y cercados por la crisis económica.

La votación contra Chile en la ONU cierra un capítulo poco honroso de la existencia del organismo internacional y siembra de inquietantes dudas el porvenir de las naciones que desean permanecer libres y soberanas, pues este acuerdo viola groseramente el principio de no intervención.

En el orden interno, la flagrante injusticia de que se nos hace objeto y la convicción general de que el régimen de las Fuerzas Armadas es la única solución vigente para el país hacen de esta decisión internacional un motivo poderoso de unidad, de solidaridad y de patriótica decisión.